

# Inteligencia espiritual

**QUE SEA ALGO radicalmente personal no significa que no tenga una dimensión pública y que no afecte al modelo educativo**

LA VANGUARDIA ÀNGEL CASTIÑEIRA | JOSEP M. LOZANO - 16/03/2005

El diálogo sobre la religión en la escuela en Catalunya no es que sea complejo, es que a veces parece imposible. Y lo es porque en él convergen tres condicionantes que convendría separar de este debate.

En primer lugar, la existencia de una jerarquía eclesiástica española que constata con nostalgia su pérdida de influencia, a la que suele denominar pulcramente como *crisis de valores*. Nostalgia aderezada con iniciativas pintorescas que pretenden movilizar un supuesto voto católico y con argumentos tan consistentes evangélicamente como la apelación a pactos entre estados. La verdad es que no deja de sorprender que la Iglesia crea que con estas muletas conseguirá una credibilidad que no es capaz de ganarse por sí misma.

El segundo condicionante proviene de la existencia de una escuela concertada, en muchos casos vinculada a entidades religiosas. Los que consideran la escuela concertada una anomalía o una patente de corso prefieren plantear en relación con la religión lo que no es más que un debate sobre política educativa. En fin, aquí nos gusta mover el mundo y la retórica sobre los grandes retos del futuro, pero seguimos bloqueados por los prejuicios del progresismo retrógrado que persiste en confundir servicio público y titularidad pública. Algo que no tiene nada que ver con la religión.

Y, en tercer lugar, tenemos sectores de la izquierda con ropa de diseño y mentalidad decimonónica que consideran la religión como una rémora que no queda más remedio que tolerar porque sobre gustos no hay disputas y a la que quisieran poder aplicar el verso de Neruda "me gustas cuando callas porque estás como ausente". Es la izquierda que sólo valora del cristianismo su capacidad de producir *cristianos de base comprometidos* y de los que no siempre queda claro si le produce más peregrinidad la radicalidad de su compromiso o que gente así siga siendo cristiana.

Al lastre que suponen estos condicionantes cabe añadir que para algunos la cuestión se suele reducir a un problema de asignaturas. Siempre que se centra el debate en la asignatura de religión recordamos a José M. Valverde cuando nos comentaba irónicamente que su solución al consumo de drogas entre los jóvenes sería convertir las drogas en una asignatura. Así, a base de exámenes; de memorizar tipologías, componentes y efectos; de trabajos individuales y en grupo; o de obligar a su consumo para examinar después si éste se había llevado a cabo realmente, se podría conseguir con las drogas lo que ya se ha conseguido con la literatura. Además, tras la insistencia en aumentar la cultura religiosa a menudo subyace el mensaje de que la religión es muy útil para visitar museos y para poder explicar lo incomprensible de algunos conflictos del presente, pero irrelevante para cualquier futuro que valga la pena.

Cuando discutimos sobre el lugar de la religión en la educación deberíamos aclarar si se trata de algo que afecta a la gestión del sistema educativo (lidiar con las demandas de determinados grupos de interés) o de algo que afecta al modelo pedagógico global y a la visión de lo que es una persona educada en una sociedad pluralista.

Hoy se habla de la diversidad de inteligencias. Y entre ellas se habla de la inteligencia espiritual. Apunta al desarrollo de capacidades genuinamente humanas como la capacidad de silencio, de asombro y admiración, de contemplar, de discernir (y no solamente decidir), de ampliar los contextos en los que situamos nuestras vidas..., en definitiva, al desarrollo de una cierta profundidad existencial y vital. Estas, y otras, capacidades humanas han sido elaboradas mediante símbolos y prácticas por las diversas tradiciones religiosas (aunque no sólo por ellas).

La riqueza de la sabiduría que han acumulado convierte en insensata la creencia de que podemos desarrollarla al margen o contra ellas. Una aproximación no confesional a las tradiciones religiosas debería permitir el conocimiento de ámbitos de la vida personal que no deben identificarse con la adhesión a un sistema de creencias, y el acceso a esos ámbitos.

Podemos ver las tradiciones religiosas como una invitación a indagar y a crecer en un proceso que es eminentemente práctico y experiencial. Un proceso que nos permite acceder a la realidad a través de la múltiple riqueza de los símbolos, que nos invita a que el ego no ocupe exclusivamente el centro de nuestras vidas, que nos propone vivir desde lo hondo, y no desde la dispersión, y abiertos a lo que nos rodea más allá del cálculo interesado. Asimismo, las tradiciones religiosas nos recuerdan que no hay calidad ni plenitud humanas sin una disponibilidad hacia los demás, denominada como justicia, compasión, misericordia o sensibilidad. Nombres que no pueden desaparecer de nuestro horizonte sin que nuestras vidas se empobrezcan irremisiblemente.

Necesitamos la inteligencia espiritual para vivir humanamente. Que sea algo radicalmente personal no significa que no tenga una dimensión pública y que no afecte también al modelo educativo, del mismo modo que consideramos necesario educar la inteligencia emocional, aunque cada persona acabará configurando de manera irrepetible su propia educación sentimental. En otros países europeos ya existen propuestas que pretenden desarrollar integradamente la inteligencia mental, la emocional y la espiritual. Y redes que se movilizan porque su diagnóstico es que la expansión de una cierta pobreza espiritual no debe confundirse con el retroceso del número de adherentes a las iglesias, sino que responde a la emergencia de un déficit de calidad humana que debe plantearse públicamente.

Por eso sería bueno saber de qué estamos hablando cuando hablamos de la presencia de la religión en la escuela.